

Pandemia, tecnología educativa y desigualdad



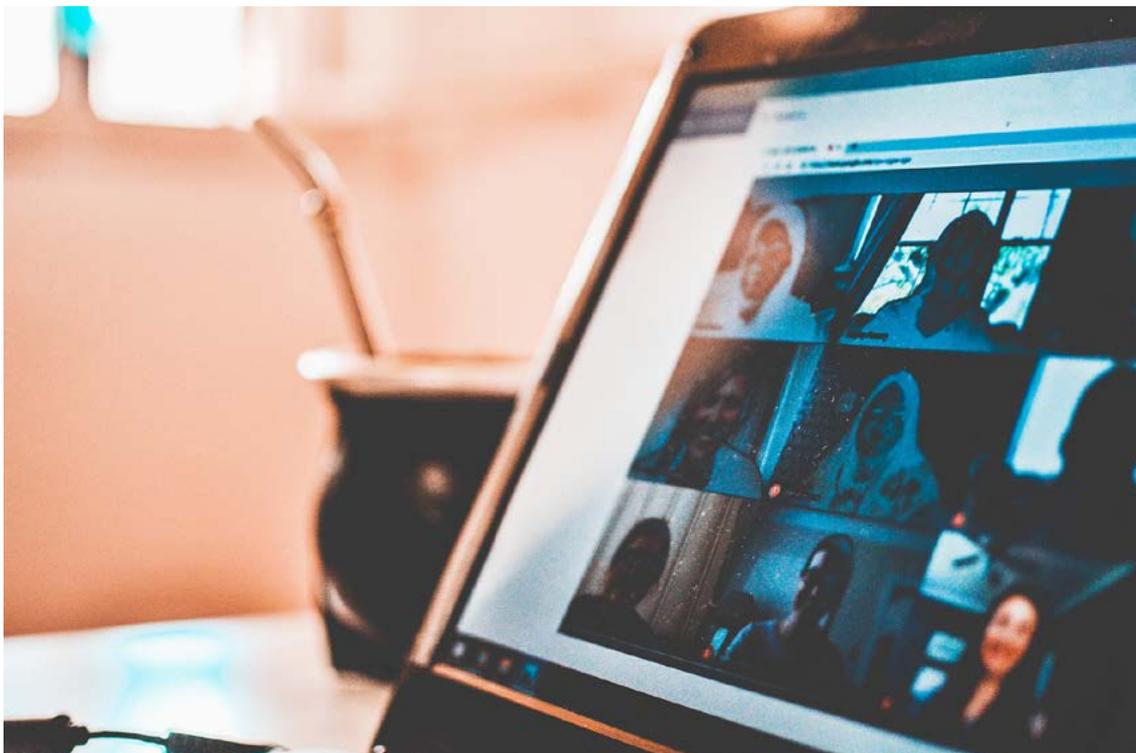
*Javier Castrillo**

Palabras clave: educación a distancia - discurso antitecnológico - conectividad - telcos - soberanía tecnológica

Quienes nacimos en esta parte de Sudamérica estamos transitando, por estos días, la cotidianeidad más anómala que nos ha tocado experimentar en la vida. Si bien las décadas de 1950 a la de 1980, pobladas de dictaduras –con guerra de Malvinas incluida– y las experiencias neoliberales posteriores provocaron cambios profundos en la vida del ciudadano de a pie, no se había presentado, en nuestro país, un escenario donde se pausaran, en simultáneo, el sector productivo, el comercio, el sistema educativo y prácticamente cualquier actividad de las consideradas no esenciales.

El aislamiento hogareño obligatorio de la población completa es un cuadro tan novedoso como inquietante, del que la educación pública no escapa en ninguna de esas dos dimensiones. Las relaciones entre docentes y alumnos, y casi la totalidad de las relaciones interpersonales se hacen a través de diversos dispositivos electrónicos. Dicha situación –que al momento de escribir estas líneas lleva ya casi cien días– me invita a compartir algunas reflexiones sobre la relación entre la tecnología y el sistema

* Licenciado en Historia. En su carácter de especialista en educación y nuevas tecnologías, se desempeñó como Coordinador Nacional de Investigación y Desarrollo de los programas Conectar Igualdad y Primaria Digital. Es docente de Fundamentos de la Programación en la Tecnicatura Universitaria en Producción de Medios Audiovisuales, de la UNPAZ.



educativo. Este ejercicio carece –lógicamente– de una prudente perspectiva temporal, aunque por otro lado se nutre de la profusión periódica de datos oficiales y, fundamentalmente, del trato diario, variopinto y personal con actores de la llamada “comunidad educativa” de todo el país.

La ansiedad que nos pide salir de esta situación no comprende muchas veces que no hay un afuera. El mundo entero está marcado con los trazos de esta crisis sanitaria, económica y social, y es inútil –tal vez catártico, no más que eso– añorar el pasado reciente. Es menester como docentes tener una visión que escape, al menos temporalmente, de las sensaciones colectivas. Mantener el pulso firme y no perder una indagación constante, crítica y constructiva son las herramientas que nos permitirán no solo sobrellevar con altura esta pandemia, sino también salir de ella con aprendizajes sustantivos.

La virtualidad como estrecho bote salvavidas

La llamada “educación a distancia” es una modalidad que permite a un gran sector de la población cursar trayectos educativos formales que de otra manera les resultaría imposible. No solo la lejanía geográfica respecto de una determinada institución, sino también la confluencia de otras responsabilidades como trabajar, sostener un hogar, educar a los hijos, actividades que demandan viajes, etcétera, muestran realidades que inhabilitan de plano cualquier inquietud de formación clásica.

Es ahí donde entran a tallar las ofertas de formación a distancia, modalidad que tiene su propia dinámica, estrategias y particularidades. Por caso, así como permite al cursante manejar sus horarios, le exige una autodisciplina y mantenimiento del orden y motivación que la educación presencial

resuelve con sus propios mecanismos. De cualquier manera, no es el objeto de este ensayo la comparación de las modalidades. Sí lo es, en cambio, apuntar algo tan obvio como relevante: quien opta por una modalidad virtual sabe de antemano a qué se enfrenta, y el docente debe conocer y manejar determinadas herramientas tecnológicas que atraviesan lo administrativo, lo puramente académico, lo comunicacional y hasta lo afectivo.

Las medidas de emergencia que la pandemia ha obligado a tomar en todos los niveles educativos tratan –con aciertos y errores– de sostener las diferentes cursadas, pero en ningún caso consisten en una “educación virtual”, ya que no cumplen las dos cuestiones anteriormente citadas. El alumnado –y los docentes– se adaptan a una situación que no eligieron y deben lidiar con herramientas que la educación virtual comprende y que ellos desconocían de antemano.

Los comienzos del trayecto no presencial reprodujeron situaciones que incluso ya estaban perimidas en el aula tradicional. Enviar para leer decenas de archivos .pdf y referir videos de YouTube no es ni de lejos algo que pueda ser denominado “educación virtual”. Por ello es pertinente que el CFE en su Resolución N° 393/20 llame “proceso excepcional de continuidad pedagógica” a este período educativo que arrancó en marzo, separándolo de la modalidad virtual. Esta situación ha recibido naturales y no pocos cambios, atento a que la situación es original y no permite prever su evolución. Justo es decir que también se han destacado experiencias muy valiosas y alternativas que al menos merecen un apoyo y recursos para sostenerlas en el tiempo.

Para las instituciones, el escenario cambió en un abrir y cerrar de ojos prácticamente desde el comienzo mismo de las clases. Escuelas y universidades implementaron soluciones de aulas y campus virtuales en muy poco tiempo y, muchas veces, con recursos escasos. Nuevamente las soluciones libres como Moodle, Jitsi, BigBlueButton y demás permitieron obtener plataformas de calidad en esos lapsos y con esos presupuestos. Estas plataformas, sumadas al logro de no consumir datos de los planes de conectividad en los dominios educ.ar constituyen, a grandes pinceladas, la estructura en la que se ha montado la situación de contingencia educativa.

En cualquier caso, quedan muy en evidencia las desigualdades que el capitalismo salvaje ha provocado en la sociedad y, sobre todo, el desprecio que los cuatro años del gobierno de Cambiemos ha ejercido sobre las clases trabajadoras. Mientras una cantidad sustantiva de estudiantes puede acceder a las estructuras de estudio virtual muchos, muchísimos argentinos y argentinas, han quedado fuera de estos privilegios y su formación consiste en retirar –junto con los bolsones de planes alimentarios– cuadernillos impresos que deben completar para luego devolverlos en la próxima jornada del plan y así sucesivamente.

Está más que claro que las situaciones son infinitamente dispares. Los programas socioeducativos alcanzan su plenitud cuando todos son los beneficiados. No podemos decir que el proceso de continuidad pedagógica esté teniendo éxito porque se está dejando afuera a miles de chicos y chicas que no están aprendiendo, que no están recibiendo educación por el sencillo hecho de que no están –literalmente– conectados. Cualquier evaluación que se realice de estos meses no debería soslayar a cuántos se ha dejado al margen e invisibilizados. En los medios se le ha otorgado infinitamente más espacio

al supuesto derecho que dicen tener algunos de salir a trotar a los parques que a ver qué hacemos realmente con los alumnos que no tienen computadoras para seguir educándose desde sus casas o no tienen acceso a la Internet.

No me detendré en liviandades tales como “en todas las casas hay un celular, pueden estudiar desde allí”, que tanto sirven para desentenderse de la problemática como para estigmatizar a sectores populares.

Soberanía tecnológica

El extinto programa Conectar Igualdad había asegurado que cada estudiante tuviera una computadora de más que razonable porte, equipada con *software* libre de primer nivel y contenidos de excelencia para cualquier nivel educativo. En enero de 2016, a muy pocos días de asumir, el gobierno del ex presidente Macri desmanteló el programa anunciando reiteradamente mejores versiones que no pasaron del humo y el negociado.

No es muy difícil imaginar el enorme y fundamental protagonismo que esas netbooks hubieran tenido en esta cuarentena. Un escenario sustantivamente mejor que el actual, con pibes y pibas aprendiendo y estudiando con computadoras en sus casas. Esas máquinas corrían Huayra –un sistema operativo propio desarrollado de manera federal y colaborativa– que hubiese permitido que todos los estudiantes y docentes tuvieran las mismas plataformas, actualizaciones, contenidos personalizados, actividades programadas y seguimiento sanitario. Eso es soberanía tecnológica por donde se lo mire.

Nobleza obliga, es doloroso admitir que la actual gestión educativa nacional ha desarmado lo poco que quedaba de Huayra y no ha dado muchas muestras de avanzar en cuestiones de soberanía tecnológica ni mucho menos en la dirección del *software* libre y los contenidos abiertos. La TDA, que también incorporaba la netbook –otro programa tecnosocial masacrado por el macrismo– hubiera complementado una plataforma más que interesante para la formación en cuarentena.

Quedaría por resolver la cuestión de la conectividad, que resulta de acuerdos con las empresas de telecomunicaciones para garantizar el acceso a la Internet de alumnos y docentes de todos los niveles, según las tecnologías que cada región permita. Desde fibra óptica hasta *dongles* USB, pasando por redes comunitarias de radiofrecuencia, todos los medios conocidos permitirían cubrir, prácticamente, la totalidad de la población. Crédito fiscal, canje de deuda por servicio, tarifa social, impuesto a la riqueza y el liso y llano aporte directo de privados serían los medios de financiación de este proyecto de conectividad de contingencia. Remarco que las telcos no han contribuido en este período con un solo *byte* gratuito de transferencia a nadie, mientras facturan más que nunca con gran parte de la población haciendo teletrabajo y consumiendo servicios de *streaming* o conectividad como único medio posible de entretenimiento durante el aislamiento obligatorio.

La tecnología como competencia básica del docente del siglo XXI

Durante los últimos años hemos visto la aparición de colectivos un tanto *borders* que ganan notoriedad a través de manifiestos tan variados como extravagantes. Algunos ejemplos recientes son los terraplanistas, los antivacunas y los liberales de derechas. En esta misma categoría de rarezas ubicaré a los “antitecnología” que proponen una batalla entre las ciencias sociales y las exactas.

Desconozco completamente su origen –por supuesto tengo mi opinión, tan improbable como aventurada–, pero es llamativo el divorcio entre las disciplinas sociales y la tecnología. He escuchado frases como “los verdaderos libros son en papel, no me vengán con el e-book”. O “no se puede enseñar sin una tiza y un pizarrón”. Frases que se dicen hinchando el pecho y resaltando cada palabra como si se estuviera anunciando el sentido de la vida. Incluso exponen su posición “yo (no) estoy de acuerdo con la tecnología”.

Tengo una mala noticia para ellos: a la tecnología le importa nada nuestra opinión. La misma importancia que le da la lluvia a mis ganas de jugar al fútbol al aire libre. La tecnología avanza, crea, se multiplica. Y está en nosotros el deber de usarla para el bien, encaminarla, hacerla libre, que dé bienestar y que llegue a todos.

La cuarentena, a mi juicio, ha puesto en evidencia que al menos en la docencia no se puede ya sostener el discurso antitecnológico. Las competencias básicas de un docente de cualquier nivel implican hoy la comprensión funcional y manejo básico de las tecnologías digitales.

Cuando me refiero a comprender las tecnologías no quiero decir “sabe usar Jitsi” ni muchísimo menos –¡Dios me libre!– “saber redactar una carta en Word”. Me refiero, específicamente, a comprender cómo funcionan las cosas y qué puedo hacer con ellas.

No es tan bueno tener mis archivos en Google Drive como saber qué es el trabajo colaborativo, para qué sirve el control de versiones y qué beneficios trae la edición *online* de documentos. Todos conocemos personas que “bajan” sus archivos de Google Drive y los editan *offline* porque están –mal– acostumbrados a sus herramientas y luego lo “suben” nuevamente al Drive. El resultado es que en una semana tienen doce versiones del mismo documento, ocho en el Drive, cuatro en la computadora... Por supuesto le han puesto nombres como “archivo1”, “archivo2” o “copia que vale”, “versión definitiva” y otras caóticas denominaciones que hacen imposible saber cuál es la que sirve.

Esto que puede parecer un purismo *nerd* y que en el trabajo en solitario hasta puede ser soportable, hace sencillamente imposible el trabajo colaborativo. No comprender que si edito algo *offline* los cambios que hagan los demás sobre el mismo documento no impactarán en el mío y viceversa es, literalmente, romper toda intención de labor conjunta.

En tiempos de aislamiento es vital comprender cuestiones como la descrita. También en tiempos de no aislamiento debemos saber cómo funcionan las cosas para que podamos construir y sostener un pensamiento crítico sobre la realidad. Saber, por ejemplo, que el voto electrónico es manipulable y tra-

zable, que no es lo mismo usar *software* libre que privativo, que la *soberanía tecnológica es soberanía*, que el celular “escucha” y procesa todo lo que uno dice, son algunas cuestiones basales que todo docente, no importa su especialidad ni su campo de acción, debe conocer. Es posible una educación –tradicional y a distancia– de calidad. La tecnología no es solo un medio, tiene una presencia social que supera esa dimensión denexo. Y *lo conceptual debe predominar sobre lo instrumental*.

Por supuesto que la tecnología no lo es todo. Nada reemplaza, por caso, el acompañamiento a un alumno que no comprende, sentándose a su lado y compartiendo su realidad y sus recursos para desde allí construir juntos. Tampoco la profusión de recursos es, necesariamente, sinónimo de calidad sin un sostén ideológico ni un marco teórico acorde. El sentimiento y la pasión por la docencia son sincrónicos con la tecnología, usando una acepción que se ha revigorizado en estos meses. Si llevamos con nosotros la pasión por aprender y mejorarnos cada día, daremos sin dudas un uso a la tecnología que redundará en el aprendizaje de nuestros alumnos, motor fundacional de nuestro trabajo de educadores.